

por ciento de la población censada en las Islas Canarias. Su número se redujo considerablemente al son de la crisis, quedando los que habían hecho fortuna a la espera de poder enajenar sus propiedades a precios razonables. Con ellos lo hizo buena parte de la élite intelectual. El vértice de ambos colectivos, que apenas arrojaba algunos centenares de individuos, estableció estrechos lazos entre sí y puentes hacia lo mejor de la sociedad cubana por medio del matrimonio y otras estrategias sociales y económicas.

Unas esclarecedoras y densas conclusiones ilustran los logros de la monografía. Cabe añadir un interesante anexo documental de textos y tablas estadísticas. Es necesario reiterar el abrumador soporte numérico y gráfico y en la categoría y extensión de las fuentes manejadas, a lo que cabe sumar el dominio de la bibliografía. Por encima de todo, es preciso subrayar el rigor metodológico con el que el profesor canario pone fin a viejos mitos sin ninguna base histórica.

Pedro M^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

BALFOUR, Sebastian: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*. Barcelona. Ediciones Península. 2002, 629 pp.

Las guerras que España libró en Marruecos durante los siglos XIX y XX hicieron correr en su momento ríos de sangre y tinta, con hitos literarios que van desde Pedro Antonio de Alarcón hasta Arturo Barea o hasta la magnífica *La bandera* de Pierre MacOrlan, la gran novela –al menos hasta ahora– de la Legión Española y hoy en día, todo un clásico de la literatura de tema bélico pero, con el tiempo, cayeron en el olvido. Ahora, un excelente estudio del británico Sebastian Balfour recupera tan trágica memoria y aporta nuevos datos sobre las terribles luchas coloniales llevadas a cabo en el suelo marroquí. En este sentido el autor, discípulo de Paul Preston, ofrece en *Abrazo mortal* un denso estudio global sobre la influencia que las sucesivas campañas de Marruecos tuvieron en la historia española del siglo XX y, en especial, en el desencadenamiento y desarrollo de la guerra civil de 1936-1939.

Balfour comienza pasando revista a la ‘pequeña guerra de Melilla’ de 1893-1894 tras el ataque de los rifeños a las fuerzas españolas a consecuencia de la profanación de la tumba sagrada de un morabito local por unos trabajadores que realizaban unas obras de ampliación de las fortificaciones hispanas de la ciudad. Frente a la resolución que había caracterizado en la cuestión marroquí a los anteriores gobiernos del turno –y en particular a las acciones del ‘activo’ Ministro de Estado del gabinete Sagasta, Segismundo Moret en 1887– lo cual les permitió un cierto margen de autonomía en sus actuaciones en el Norte de África, el conflicto de 1893 revela el desinterés de la Triple Alianza a la hora de apoyar a la monarquía restauracionista en Marruecos, y se cierra para España con una

dolorosa sensación de ridículo, de haber ofrecido una imagen de país débil. Esta tibieza de la acción militar española acabaría por alentar –como ha apuntado Agustín R. Rodríguez– a los conspiradores nacionalistas cubanos, que creyeron que España se mostraría nuevamente remisa a emplear la fuerza.

Tras esta introducción, Balfour presenta el cuerpo central de su investigación. Aunque la temática tratada no carece de estudios previos, el mayor acierto de esta obra reside en dos aspectos diferentes pero concurrentes. Por un lado, su bien trabada exposición se apoya en muy novedosas fuentes informativas, tanto españolas (archivos estatales y privados, testimonios de «Historia-oral» de soldados y oficiales partícipes en las campañas coloniales, y también de combatientes marroquíes) como extranjeras (archivos militares y diplomáticos franceses y británicos). Por otro lado, la explicación ofrecida tiene la virtud de poner en relación el imperialismo español en el Norte de África en el contexto de las colonizaciones europeas del período, con ilustrativos ejemplos comparativos con las experiencias coloniales africanas de Francia y Gran Bretaña.

Según el razonado juicio del autor, las guerras coloniales libradas por España para implantar el Protectorado en el norte de Marruecos (1909-1927) fueron unas campañas que devinieron agotadoras en el orden financiero y humano, fueron ejecutadas con recursos materiales siempre escasos e insuficientes y estuvieron carentes del necesario entusiasmo y apoyo popular en la metrópoli, acabando por agravar aún más las contradicciones y las limitaciones del régimen político establecido tras la Constitución de 1876. No en vano Gabriel Cardona («El imposible reformismo militar de la Restauración (1875-1931)», en García Delgado, J.L. (Ed.): *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*. Madrid. Siglo XXI. 1991) ha resaltado cómo el Ejército español, más que una institución pensada para la guerra, dadas sus fuertes deficiencias –exceso de mandos, parquedad de recursos económicos, el disponer sólo de soldados de recluta obligatoria no cualificados, muchos de ellos incluso analfabetos– estaba organizado para las tareas de guarnición y mantenimiento del orden público y no se encontraba adaptado a la defensa de los intereses estratégicos del país, lo cual acabaría engendrando «un militarismo más burocrático que guerrero que demostraría su ineficacia en Marruecos».

Con todo, como ha resaltado acertadamente Balfour –pero también otros autores como Morales Lezcano o Javier Márquez– la empresa colonizadora vino impuesta por razones geopolíticas (ya recalcó el Embajador español en París, León y Castillo: «[Marruecos es para nosotros] un asunto de seguridad nacional y fronterizo») y apenas sirvió para ofrecer una especie de compensación al honor del Ejército herido por la derrota de 1898. En todo caso, en medio de una cruenta y salvaje guerra colonial (que incluyó el uso masivo por parte española de armas químicas prohibidas y de gas mostaza desde 1921 para derrotar a los rifeños) fue forjándose un nuevo tipo de cultura militar claramente antiliberal, hiper-nacionalista, profundamente autoritaria y decididamente anticivilista. A partir del desastre de Annual de 1921, el impacto de ese militarismo africanista resulta clave a la hora de explicar las sucesivas etapas de la historia española: la crisis del sistema liberal-parlamentario restauracionista, la implantación de la dictadura militar de Primo de Rivera, la

represión de la sublevación en Asturias por el ejército colonial y la inestabilidad crónica de la democracia en el período de la Segunda República. Finalmente, la sublevación militar de julio de 1936 representaría el triunfo definitivo del militarismo africanista y su programa de ‘reconquista de España’ desde sus bases marroquíes.

En definitiva, la última guerra civil española resulta incomprensible sin los previos efectos perversos derivados de la guerra colonial marroquí. Y, a tenor del estudio, también resulta incomprensible –sin ellos– la configuración durante la contienda y dilatada existencia posterior del régimen militar de fuerza y excepción erigido y presidido por el más notable militar africanista: el general Francisco Franco. No en vano, él mismo reconocería en 1939: «Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas». Probablemente no cabe mejor prueba del interés de la obra elaborada por Balfour y del acierto y perspicacia de sus líneas argumentales básicas.

Francisco Manuel Pastor Garrigues

Investigador. Valencia

CHAVES PALACIOS, Julio (coord.): *Historia y memoria de la Guerra Civil en Extremadura: Badajoz en agosto de 1936*. Badajoz. Diputación de Badajoz. 2006, 312 pp.

Actas del Simposio celebrado en Badajoz en noviembre de 2004, fruto de las inquietudes de los profesores de Historia Contemporánea de la Universidad de Extremadura para la recuperación de la memoria de la Guerra Civil. A las ponencias de los investigadores se añaden testimonios de testigos y familiares de las víctimas de la tragedia vivida.

El volumen se inicia con una contribución realizada al margen de las Jornadas: La conferencia pronunciada por Paul Preston en Cáceres el 14 de abril de 2005, *La venganza de Franco, «el justiciero»*. Subraya que la represión desatada respondía a unos objetivos políticos a largo plazo: poner los cimientos de un régimen duradero. El esbozo biográfico trazado recupera los ingredientes de un carácter frío, calculador e implacable. Lección magistral sobre la exigencia de exhumar la verdad, de «hablar en nombre de los muertos».

Hilari Ragner Suñer –*La Iglesia y la represión en la guerra civil*– distingue la actitud del Vaticano con respecto al episcopado español, ya que no compartió su actitud belicista. Califica su posición de «tercerista»: ni fascismo ni comunismo, aunque en mayo de 1938 acabará reconociendo al gobierno de Franco. Mayor implicación cupo a la Iglesia española, destacando las excepciones de Marcelino Olaechea, Fernando Huidobro y Aita Paxti. Una reflexión final plantea la obligación por parte de la jerarquía católica de pedir perdón.

Fernando Sánchez Marroyo –*Guerra Civil y represión en Extremadura*– contextualiza el proceso abordado bajo lo que denomina con acierto «un proceso generalizado de socialización del sufrimiento». Atiende a los factores explicativos de la diferente intensidad